



Jorge Lopez
LO MALO
DE LA
GUERRA
ES QUE
HACE
PUM

Este libro nos trae a unos espías un tanto particulares que quieren evitar la guerra. Cargada de humor e ironía, te hace pasar un buen rato, y una forma muy curiosa de ver la historia de Europa.

A los que, como yo, creen que el hombre puede
ser algo más que un bípedo.

Capítulo 1

EN EL QUE SE DEMUESTRA QUE, A VECES, AL QUE MADRUGA NO LE AYUDA NADIE

Despertarse por la mañana después de haber pasado una noche sosegada y tranquila parece la cosa más natural del mundo. Pues ya ven ustedes: a pesar de su aparente sencillez, despertarse no es todo lo fácil que parece a primera vista. Y eso que yo, desde 1882 hasta la fecha, o sea durante los treinta y dos años que dura mi agitada existencia, me he despertado siempre bastante bien, modestia aparte. Y hasta podría afirmar, sin temor a parecer pedante, que lo hice siempre con cierta elegante dejadez, muy en consonancia con la decoración en tonos suaves de mi alcoba.

Despertarse, digo, es una labor ardua, una labor difícil para la que se requieren especiales conocimientos. Pues bien: a pesar de que yo en la materia hubiera podido licenciarme, aquel 24 de junio de 1914 no lograba despertarme con la soltura a que, me tenía acostumbrado a mí mismo.

La jornada anterior había sido para mí una de tantas jornadas tediosas, de las muchas que proporcionaba con ejemplar desprendimiento Pipemburgo, la capital de Aktinien, nuestro pequeño y tradicional país, situado en el corazón de Europa. Es cierto que Aktinien era una nación pe-

queña; pero, en cambio, era pobre. Pobre, no miserable. Ostentaba su indigencia con la mayor dignidad, como esas viejecitas limpias que a veces piden limosna a la salida de los templos, avergonzadas de ser pobres y viejecitas. Bien; pues, a pesar de su pobreza, Aktinien era alegre y risueña. Delante de los cristales de las ventanas de sus casas se veían tiestos llenos de flores, y detrás, visillos impolutos, con unos zurciditos monísimos, pobres, pero honrados.

La misma alegría que reinaba por calles y plazas invadía el Ministerio de Asuntos Exteriores, un vetusto caserón, situado en la confluencia de la avenida Carlota y la calle Ember. No teníamos macetas con flores en los balcones, es verdad; pero en nuestros pechos llevábamos a la primavera en persona.

Y es que en el Ministerio de Asuntos Exteriores aktinio la vida transcurría leve, encantadora, sin altibajos, sin emociones. El trabajo estaba distribuido de una manera exacta y equitativa: por las mañanas solíamos no hacer nada; por las tardes pasábamos en limpio el trabajo que habíamos hecho por la mañana.

Bien es verdad eme los sueldos eran escasos y con frecuencia se extraviaban inexplicablemente y no llegaban jamás a manos del interesado, el cual, si intentaba esclarecer las causas de tan lamentable incidente, recibía una respuesta tan diplomáticamente vaga que, de haberla recibido Talletrand, no sabemos qué hubiera contestado. Seguramente algo parecido a lo que solíamos exclamar nosotros, pero en francés.

Y eso que yo, como primer secretario de Embajada, no podía tener queja, ya que casi toda mi actuación diplomática tuvo lugar en Oriente, y allí no cobrábamos, es cierto, pero tampoco entregábamos al Tesoro lo que la Embajada recaudaba por diversos métodos, que mejor será pasar por alto.

Pero volvamos a mi despertar. En efecto: algo extraño presentía yo desde esa inquietante atmósfera intermedia

entre el sueño y la realidad.

Hice un examen mental de las posibles catástrofes que le pueden ocurrir a las nueve de la mañana a un hombre soltero... No; la cuenta semanal del alquiler de mi habitación la había cobrado la señora Braun el día anterior. ¿El sastre?... El sastre había aceptado la situación como los egipcios debían recibir las crecidas devastadoras del Nilo... Entonces, ¿qué, qué?

Todas las mañanas, al despertarme, tenía la costumbre de hacer una cosa importantísima: abrir los ojos. Pues bien: aquel día no lo hice. Abrí uno nada más: el izquierdo.

Respiré satisfecho. Se filtraba una tenue luz a través de las delicadas cortinas grises, que la señora Braun aseguraba eran de color verde y que, sin duda, lo fueron alguna vez, como la propia señora Braun debió ser joven y hasta hermosa, según propia confesión. Alegrementemente pude comprobar, ayudado por la matutina claridad, que mi habitación estaba yacía y no había en ella persona alguna, hombre, mujer o cosa análoga.

—¡Por Dios, querido Rudolf, yo siempre estoy en el sitio en que menos se espera encontrarme! —dijo una voz que salió de vaya usted a saber dónde.

No sé cuánto tiempo estuve inmóvil, paralizado por el terror, con mi ojo izquierdo abierto de par en par y mi ojo derecho cerrado de par nada más. Tuve miedo. ¿Por qué? Todos ustedes lo han adivinado: porque la voz que acababa de oírse no era la de una persona, así, así, como a todos se nos antoja que son las personas: era la voz del barón von Manolen.

Y no es que el barón von Manolen fuera a reclamarme en tan inoportuna ocasión los quinientos rublos que me prestó aquel otoño en San Petersburgo, ni intentara esclarezcer el reparto de beneficios resultantes de la venta de los muebles de nuestra Embajada en Constantinopla, no; pero...

¡El barón von Manolen era el jefe del Servicio Secreto aktinio! Y, lo que es peor, el barón tenía una extraña manera de comportarse, nacida acaso de su trato con gentes de todos los países. Y su extravagancia llegaba al extremo de encontrar como la cosa más natural del mundo el comer os-tras con mermelada de naranja o el pasearse con un ramo de margaritas por el puerto de Marsella.

De una de las más ilustres familias del país, Ludwig Ernest Blumempampen, barón von Manolen, era el prototipo del hombre de mundo. A su gran erudición unía ese don de gentes que proporciona el ver la propia fotografía en un pasaporte diplomático. Desempeñó difíciles misiones en diferentes Embajadas, hasta que un día comprendió que su verdadera vocación no era la diplomacia a pleno sol, sino la que se agazapa en las sombras y mina y socava, y finge, y disimula. Por eso organizó el Servicio Secreto aktinio. Y cuando alguien se asombraba al comprobar su carácter estrafalario, él sostenía la curiosa teoría de que «no hay silencio más profundo que el que produce el estrépito». De ahí que a veces pensara yo si aquella forma tan poco natural de comportarse no sería acaso el silencioso estrépito del barón.

Decidido a todo, abrí mi ojo derecho. La voz del barón dijo:

—Su decisión ha sido muy oportuna, amigo Rudolf; mantenerse tanto tiempo con un ojo cerrado y el otro abierto no ha sido muy correcto, reconózcalo. Y admita conmigo que las consecuencias de ese singular guiño hubieran sido funestas de haber nacido yo mujer. Pero tranquilícese: hasta el momento no lo soy, ni creo que llegue a serlo nunca.

Me incorporé en la cama para contemplarle a placer. Hacía más de seis años que no nos veíamos... Le busqué por la habitación... El barón asomaba entre las faldas de la mesa camilla el perfil agudo de su rostro sagaz.

Se justificó:

—Perdone que haya escogido este escondrijo; pero, la fuerza de la costumbre..., ¡me cuesta tanto trabajo —suspiró— actuar a plena luz!...

Bajo sus finas y bien perfiladas cejas, el barón von Manolen solía tener los más enigmáticos ojos que jamás contemplaran las viejas cancillerías. Su delgada nariz parecía solamente colocada en aquella cara como esas flechas que señalan la salida de un local. Sí; estaba allí para indicar: más abajo está la boca. Y la boca era digna de tal indicación, porque sustentaba eternamente su sonrisa, entre desdeñosa y profunda, que, de haberse, podido imprimir, llevaría como título *Tratado del perfecto hombre misterioso*.

Le alargué una mano.

—... Mi querido barón.

—Mi estimado amigo Rudolf...

Estreché emocionado aquella diestra que había acariciado tanto documento secreto. Pensé preguntar: «¿Y cómo usted por aquí?», pero la pregunta era inútil, ya que del barón podía esperarse cualquier cosa. Decidí interrogarle de otra manera.

Procurando soslayar su mirada de águila présbita, le invité a salir de debajo de la mesa camilla, proponiéndole:

—Desayunará conmigo, por supuesto, ¿no?

—Ya lo hice; gracias —afirmó, sentándose sobre una consola.

—Entonces, permítame que yo...

—Le va a ser difícil —dijo con aplomo de filósofo griego harto de Partenón.

—¿Difícil? —ya empezaba a sospechar algo tenebroso —. ¿Difícil, dice usted? ¿Por qué es difícil?

—Porque su desayuno ya no existe. Me lo tomé yo.

Aquello me desconcertó. Yo no sé qué concepto tendrán ustedes del desayuno. A mí me ha parecido siempre lo único trascendental que suele ocurrir durante la mañana. Miré al barón. Sonreía bondadosamente, como si lo que acababa de decirme fuera una filosófica sentencia, inspira-

da sabe Dios en qué extrañas doctrinas metafísicas, inasquibles a los profanos como yo. Susurró después con sorna diplomática:

—Pero todo ello, ¿qué importancia puede tener ante el objeto de esta inesperada visita?

Había llegado el momento fatal. La visita del barón, como yo sospechaba, tenía «objeto».

Saltó de la consola al suelo, y acercándose, me confió, enigmático:

—Le necesito a usted.

Yo apenas esboqué lo que hubiera deseado que fuera una sonrisita.

Continuó el barón:

—Amigo Rudolf, acudo a usted confidencialmente. Por sus extensos conocimientos ministeriales tiene una exacta idea de las actitudes personales de todos nuestros hombres.

En eso tenía razón. Los empleados del Ministerio eran para mí sobradamente conocidos, gracias a las innumerables partidas de billar que con ellos había jugado en el viejo Café del Museo, cercano al Ministerio. El barón continuaba, subiéndose sobre el lavabo:

—Pero antes, de tratar con usted este problema necesito que conozca ciertos pormenores... Vamos a ver, Rudolf: ¿usted sabe bien lo que es Europa?

—Europa es un continente que limita al Norte con el mar Ártico... —empezaba yo a recitar con tonillo de escuela.

—Perfectamente —me cortó el barón—; es eso que acaba usted de contarme, pero sin la música. Pues bien: entre los muchos estados en que Europa está dividida hay ciertas diferencias, derivadas de la economía del comercio y de otras zarandajas. También existen alianzas que ciertas naciones han concertado con otras; eso lo sabe usted, ¿verdad? Luego tenemos el problema de Oriente y las ambiciones expansionistas de Rusia, así como cierta tirantez por la

cuestión marroquí, unida al hecho de que Alemania haya reforzado su escuadra y que Austria-Hungría se haya anexionado las provincias esclavas del Sur... En fin, resumiendo y sin alardear de excesiva y certera perspicacia política, lo único cierto es que en Europa hay tomate.

Aquel bello discurso del barón me había emocionado hasta el extremo de gritar un sonoro ¡viva!

—Gracias —repuso, modesto—. Y ahora vamos a la cuestión principal. Rudolf, usted que ha oído tantas cosas por ahí, ¿ha escuchado alguna vez halar de la guerra del catorce?

Me quedé asombrado. ¿La guerra del 14? No; había oído hablar de las agujas del 14 y hasta de las 4 musas (son nueve, pero yo creía en aquella época que eran 14), pero de esa guerra...

—Confieso que no he oído hablar de ella —le respondí, avergonzado.

—Ni usted ni nadie puede haber oído hablar de la guerra del catorce, porque todavía no ha estallado.

¡Aquello era tremendamente monstruoso! ¿De manera que iba a haber guerra? Recordé que precisamente estábamos pasando como podíamos el año 1914. Se había hablado de tensión, de la entente, de la cuestión balcánica... Pero aquel hombre..., ¡aquel hombre era un genio! Mientras Europa entera todavía se hacía ilusiones pacifistas, el barón von Manolen «sabía ya» que la guerra era inevitable. Enternecido, le miré dibujar con la pasta de dientes extraños arabescos en el espejo. Y como quien no quiere la cosa, natural y galante, se volvió a mí y continuó, rotundo:

—¡No ha estallado todavía, pero estallará! Y con voz de corneja resfriada, añadió: —A menos que...

—¿A menos que qué? —había gritado yo casi inconscientemente, intentando desatar el nudo que la emoción apretaba en mi garganta.

—A menos que —el barón estaba sublime en su tribuna improvisada— alguien me ayude a impedirlo.

Pregunté, incrédulo:

—¿Pero como es que usted le llama a esa guerra «del catorce»? ¿No le parece arriesgado fijarle fecha a un acontecimiento que a lo mejor no se produce nunca?

El barón se explicó:

—La situación de tirantez en Europa es en estos momentos tan gorda, que bastaría el menor de los tiquismiquis para que todos anduvieran a tortazo limpio. Y, poniéndose en pie, afirmó, categórico: —¡Y el tiquismiquis se va a producir! ¡Qué horror! ¿De modo que en Europa, en mi vieja y amada Europa, se iba a producir un tiquismiquis que iba a echarlo todo a rodar?

—¡Hay que defender la civilización de Occidente! —tronaba el barón—. ¡Hay que defenderla cueste lo que cueste, caiga quien caiga! ¡Hay que defenderla incluso gratis! —exclamó, emocionadísimo—. Y ya puede usted imaginar que la cosa tiene que ser seria para que yo me decida a actuar gratuitamente.

Y, limpiándose en mi traje gris la pasta dentífrica que manchaba sus dedos, añadió:

—Necesito un hombre audaz que reservadamente se comprometa a trabajar para mí.

—Entonces —sugerí—, lo que usted quiere es que yo le proporcione un agente secreto.

—Secretísimo.

—También dice usted que tiene que ser valiente, ¿no?

—También. Bueno, valiente, valiente... Con que sepa recibir una paliza de vez en cuando sin traicionarme, basta.

Se detuvo, suspenso.

—En realidad, amigo mío, no me he expresado bien. Verá usted: lo que me hace falta es un agente secreto, pero...

Meditó un instante y, guardándose en el bolsillo un calzador de plata, prosiguió:

—Lo que yo necesito es un fulano que no sirva para nada.

—¿Qué le parece a usted Ludwig Stolz? —insinué—. Me parece recordar que es el que reúne menos condiciones. En cierta ocasión...

La aflautada voz del barón cortó el historial diplomático del pobre Stolz.

—Amigo Rudolf, me parece que no me ha comprendido usted; al decirle antes que necesito un hombre que no sirva para nada me estaba refiriendo a usted.

¡Aquello me halagó! Confieso que jamás supe hacer nada útil, pero siempre tuve de mi inutilidad un concepto elevadísimo, y me entregué a ella con la devoción de un convencido.

Le miré agradecido. El barón, paternalmente, acarició mis mejillas, diciéndome:

—¿Está decidido a cooperar conmigo a la defensa de Europa?

—No sé qué decirle —le respondí, desazonado—. No me creo con méritos suficientes para...

—No me estará usted dando a entender que tiene miedo.

—No, barón; miedo, no; pánico. Porque me habló usted de ciertas palizas...

—Pero, hombre, ¡fue en sentido hipotético! Puede que no le hagan daño..., pero también puede que se lo hagan.

—¿De qué depende, entonces?...

El barón, meditativo, espantó de su cabeza una mosca imaginaria.

—Pues —dijo al fin— depende de que le den con una mano o con las dos.

—Es que, en realidad, para uno solo Europa resulta tan grande...

—¡Bah! Siempre se exagera. ¿Qué significa el espacio cuando vamos montados sobre el tren del Ideal?

—¿Y tengo yo que tomar el tren del Ideal?

—Tomará el Orient-Express. Aquí tiene su billete.

Y me alargó unos papeles amarillos que cogí como un autómata, que cogiera unos papeles amarillos.

—¿Y cuál va a ser el punto de mi destino? —inquirí curiosamente.

—¡Quién sabe! —el barón volcó mi frasco de colonia en su calva—. ¡Quién sabe!

—Pero yo... Todavía no he decidido, ¿sabe? —objeté.

—He decidido yo por usted —contestó von Manolen, poniéndose un extraño monóculo cuadrado ante su ojo derecho.

Y prosiguió con emoción:

—Hijo mío, el mundo atraviesa momentos difíciles, ásperos, dolorosos. La misión del perfecto hombre de mundo, la del perfecto patriota, la del perfecto diplomático, es impedir la catástrofe que nos amenaza a todos. El mundo peligra, y con él la civilización. —¿Escribió Beethoven la Heroica para que un obús la haga, polvo? ¿Pintó Leonardo a la Monna Lisa para que quede hecha un asco esa sonrisa de la que se han enamorado varias generaciones de idiotas? ¡No, no y mil veces no! Hay que actuar antes de que todo se lo lleve la trampa. ¡El mundo está loco! Los últimos adelantos modernos, desde el aeroplano hasta el tango, pueden constituir un peligro sí los enemigos de la paz los utilizan para la destrucción y no para, el progreso y el bienestar.

Yo pensé que el aeroplano era muy posible que sirviera para fines destructivos, pero el tango... Pero si el barón von Manolen lo había dicho, sus motivos tendría. Desde aquel momento confieso que comencé a sospechar seriamente de aquella danza oriunda de las argentinas pampas.

—Bien; y ¿qué es lo que tengo que hacer? —le pregunté con ansiedad.

—Es cierto, que he olvidado decirle... —rió morbosamente—. Pero no se preocupe; de sobremesa le explicaré claramente lo que no tiene que hacer por la causa...

—Entonces, ¿comemos juntos aquí? —pregunté, amostazado.

—No, no. Le he invitado yo. Almorzaremos en mi restaurante favorito; así que a las doce le espero en El Pato que hace Crochet.

La verdad es que no daba crédito a lo que estaba escuchando. ¡El barón von Manolen invitando a almorzar a uno de sus subordinados! Aquello me impresionó tanto como lo del tiquismiquis que iba a convertir a Europa en un solar.

Le miré agradecido una vez más. Pero el barón se secaba con las cortinas el agua de colonia que le caía por la frente. Hubo después un silencio profundo. Por fin se volvió hacia mí y, fragante, embalsamado de aromas de pachulí ajeno, con el aire ritual y enigmático de un viejo sacerdote pagano, se fue acercando lentamente y, poniéndome ambas manos sobre los hombros, me dijo solemne:

—Rudolf, queda usted nombrado espía.

Y después de cubrirse con su hongo gris, tras de mirarse entre los jeroglíficos que la pasta de dientes formaba en el espejo, salió de mi habitación el barón von Manolen la mañana del 24 de junio de 1914.

Capítulo 2

DONDE SE HABLA DE MAX Y DE VARIOS EXTRAÑOS ACONTECI- MIENTOS QUE CULMINARON CON LA CAZA DE LA SEÑORA GORDA

La señora Braun, de profesión su viudez, mientras yo consultaba una guía de ferrocarriles que debió de orientar a los bárbaros para invadir Occidente, me dijo:

—No solo se tomó su desayuno, sino que me sacó cincuenta coronas.

—Óigame, señora Braun: ¿qué ha dicho usted de cincuenta coronas? —le pregunté, alarmado.

—Su amigo me las pidió en su nombre.

—¿En mi nombre? —rugí—. ¿Se ha atrevido a sacarle cincuenta coronas en mi nombre?

—Pero ¡si me dijo que usted sabía la urgencia del caso!...

¡Claro que la sabía! Era una «urgencia» por la que el barón sentía una especialísima y morbosa predilección.

La señora Braun añadía, pánfila:

—Me las pidió también en nombre de la Patria. Y ya sabe usted que a mí, en cuanto me nombran a la Patria...

* * *